

De cómo explicar la región sin perderse en el intento. Repasando y repensando la Historia Regional

On how to explain the region without getting lost in the attempt.
Revising and rethinking Regional History

María Rosa Carbonari¹
mcarbonari@hum.unrc.edu.ar

Resumen. El debate sobre región e historia regional irrumpió en la academia cuando interesaba hacer una historia total, con fuerte impronta en lo económico, que buscaba extrapolar los recortes políticos administrativos estatales. Por ello surgía como crítica a esa historia que no incluía o que minimizaba particularidades espaciales que quedaban desdibujadas detrás de la construcción política, es decir se pretendía hacer coincidir la historia con la territorialidad de la jurisdicción estatal. El abandono de la pretensión de la historia total, concomitante a lo que dio en llamarse crisis del paradigma científico, repercutió fuertemente en el entendimiento del concepto y la representatividad de la región como parte de ese constructo, a lo que le interesaba el caso solo para contrastar. En este artículo trataré de analizar ese recorrido. Para ello me ocuparé primero del entendimiento inicial de la región. En una segunda instancia mostraré como se fue construyendo una historia regional científica con lazos de dependencia de los modelos teóricos explicativos (funcional-estructuralismo y marxismo estructuralista con fuerte impronta en la historia económica); y, en un tercer momento, cómo la crisis del paradigma científico repercute sobre los estudios históricos regionales. A lo largo del trayecto sugeriré que operó un desplazamiento de temática, de lo económico a lo cultural; y que, por otro lado, las investigaciones regionales se fueron liberando de moldes rígidos y de los contextos determinantes. Así, lo regional fue adquiriendo fuerza explicativa en sí mismo que invita a revisar modelos y explicaciones consagradas, por lo cual el debate se traslada a lo que implica el uso o no de los modelos.

Palabras clave: historia total, historia regional, modelos teóricos, singularidad.

Abstract. The debate on region and regional history emerged in academia when there was an interest in doing a total history, with a strong mark on the economic aspect, that was trying to go beyond the state's administrative and political domains. Therefore, it arose as a critique of a history that did not include or minimized spatial particularities that remained blurred behind the political construction, i.e. the attempt to make history coincide with the territoriality of the state's jurisdiction. The giving up of the claim to total history, which was concomitant to the so-called crisis of the scientific paradigm, had a strong impact on the concept and the representative character of the region as a part of that construct, which was interested in cases just for purposes of contrast. This article discusses this process. For that purpose, it first analyzes the initial understanding

¹ Doctora en Historia.
Docente Investigadora del
Centro de Investigaciones
Históricas. Área Historia
Regional. Departamento de
Historia. Facultad Ciencias
Humanas. Universidad
Nacional de Río Cuarto. Río
Cuarto, Córdoba, Argentina.

of region. It then describes the construction of a scientific regional history dependent on theoretical explanatory models (functional structuralism and structuralist Marxism with a strong mark on economic history). It finally shows how the crisis of the scientific paradigm affects regional historical studies. It suggests that somewhere along the way there was a thematic displacement from economy to culture and that, on the other hand, regional investigations got rid of rigid molds and determining contexts. Thus, the regional dimension acquired an explanatory power in itself, which invites to revise traditional models and explanations. This means that the debate focuses on the implications of the use or non-use of the models.

Key words: total history, regional history, theoretical models, singularity.

Introducción

Corría fines de los años ochenta del siglo pasado cuando comenzaba a investigar en historia regional. Me preocupaba, entonces, por indagar sobre sus fundamentos teóricos disciplinares dentro de las ciencias sociales, en particular desde la geografía y la historia. Me interesaba, también, responder a una lectura muy fuerte en la época que solía decir que los historiadores tenían animadversión por la teoría y que no teorizaban sobre sus investigaciones (Samuel, 1984, p. 48). En ese andar recuperé algunas discusiones teóricas metodológicas trasladables a ese recorte de baja proyección en el mundo académico para definir lo que se entendía por historia regional. La consideración de ciertos presupuestos teóricos, tomados de la geografía y de la historia, posibilitaría la definición conceptual. Fue así que los distintos postulados, diferencias de enfoque, aproximaciones y cruces disciplinares de diversas perspectivas de análisis con y entre esas disciplinas se transformaron en sí mismos en objetos de estudio. Producto de ese esfuerzo resultó la monografía *Algumas considerações sobre o conceito de história regional. Um enfoque teórico-metodológico* posteriormente fue publicada en forma de artículo².

Se planteaba, entonces, la importancia de la teoría en la historia cuando se abordaba lo regional, dado que el énfasis en la historia nacional había dejado vacías de historia las regiones interiores. En ese caso consideraba que la macro-teoría contribuiría al entendimiento de la realidad regional en su perspectiva histórica. Posteriormente,

mis primeras investigaciones a través del relevamiento historiográfico sobre la región del Río Cuarto, en el sur de la actual provincia argentina de Córdoba, permitieron observar una tendencia localista. Esto es, la de un hacer histórico en manos de aficionados y periodistas que tenían como marcos de referencia las formas de relato de la denominada historia nacional, plasmada en la Academia Nacional de la historia (Carbonari, 1995). Mientras que los escritos referidos a la provincia eran historias ciudadanas de la capital, los de Río Cuarto eran también una historia urbana pero de una localidad menor. El concepto de región que implicaba la comprensión de un área territorial más amplio estaba ausente, pero no era una preocupación de los historiadores localistas. Había que construir esa historia regional³.

Posteriormente comencé a indagar sobre los cambios de perspectivas que sobre lo particular se habían producido frente a la denominada “crisis del paradigma de la explicación”. Ello permitió una nueva reflexión sobre el estudio teórico de la región en su relación con lo particular y lo general. En esa perspectiva traté de identificar no solo los enfoques teóricos incluidos en el modelo científico de la explicación y las distintas miradas disciplinares, sino además el cambio que se producía en los estudios regionales, con lo que se dio en llamar la Micro-historia (Carbonari, 1998)⁴.

El acompañamiento de ese conjunto de preocupaciones sobre la conceptualización de la historia regional y las formas de hacer historia regional, más los aportes del trabajo de investigación en una región en particular⁵, serán el soporte del presente artículo. El mismo

² La monografía se correspondía al Curso de Pos-Grado en Historia de la Universidad Federal de Santa María. El artículo fue publicado en *Veritas: Revista Trimestral da PUC do Rio Grande do Sul* (Carbonari, 1991).

³ Obviamente que, desde un paradigma teórico conceptual, criticaba los fundamentos tradicionales de la historia, vinculados a la historia política nacional.

⁴ Artículo elaborado en base a la ponencia “El Espacio y la historia: de la historia regional a la Micro-historia”, presentada en el III Taller Internacional de Historia Regional y Local, La Habana, 15 al 17 de abril de 1998. Ese artículo inédito recorrió distintos espacios académicos gracias a Susana Bandieri, que lo incorporó en su bibliografía de referencia en los distintos cursos de post-grado que ha dictado sobre el tema.

⁵ La localidad de Río Cuarto surgió como Villa en la línea fronteriza del Virreinato del Río de la Plata (1786). La impronta de ser frontera marcó su historia. A fines del siglo XIX, ya con el rango de ciudad (1875), fue uno de los lugares político-estratégicos para la conclusión de la frontera interior. La región aglutinada bajo el nombre homónimo comprende las sierras Comechingones Sur con el cruce de distintos afluentes y forma parte de la llanura pampeana. Para la economía del espacio peruano (siglos XVI a XVIII) fue un espacio marginal. El desajuste regional del interior (siglo XIX), junto a la proximidad de incorporación de tierras “nuevas” a la economía capitalista, la llevaron a formar parte de la economía agroexportadora definida desde el espacio atlántico pero dependiendo jurídicamente de Córdoba. El siglo XX la ubica dentro de las regiones agrícola-ganaderas del interior. Curas, militares, literatos, periodistas y aficionados eruditos escribieron su historia. A fines de los años ochenta del siglo pasado se inicia la profesionalización en historia y comienzan las primeras reflexiones por la historia regional y por la historia de la región del Río Cuarto.

tiene por objetivo comprender desde una determinada mirada, teórica y a veces historiográfica, el camino recorrido en la historia regional.

El debate sobre región e historia regional irrumpió en la academia cuando interesaba hacer una historia total, con fuerte impronta en lo económico, que buscaba extrapolar los recortes políticos administrativos estatales, sean estos nacionales o provinciales. Por ello surgía como crítica a esa historia que no incluía o que minimizaba particularidades espaciales que quedaban desdibujadas detrás de la construcción política, es decir se pretendía hacer coincidir la historia con la territorialidad de la jurisdicción estatal. El abandono del postulado de una historia total, concomitante a lo que dio en llamarse crisis del paradigma científico, o “pesimismo epistemológico”⁶, repercutió fuertemente en el entendimiento del concepto y la representatividad de la región como parte del constructo de esa historia total, a la que le interesaba el caso solo para contrastar.

En este artículo trataré de analizar ese recorrido. Para ello me ocuparé primero del entendimiento inicial de la región. En una segunda instancia, mostraré como se fue construyendo una historia regional científica con lazos de dependencia de los modelos teóricos explicativos funcional-estructuralismo y marxismo estructuralista con fuerte impronta en la historia económica); y, en un tercer momento, cómo la crisis del paradigma científico repercutió sobre los estudios históricos regionales. A lo largo del trayecto sugeriré que se operó un desplazamiento de temática, de lo económico a lo cultural, que fue acompañado por lo que se denominó cambio de paradigma⁷ y que, por otro lado, las investigaciones regionales se fueron liberando de moldes rígidos y de contextos determinantes. Es decir, el enfoque de lo regional fue adquiriendo una fuerza explicativa en sí mismo que invita a revisar modelos y explicaciones consagradas, sean estas políticas o económicas o de estructuras mentales, por lo cual el debate se traslada a lo que implica el uso o no de los modelos.

Surgimiento de las ciencias sociales. La región entre lo general y lo particular

En el transcurso del siglo XIX el conocimiento

científico quedaba agrupado en dos líneas de interpretación: una fonológica, que sostenía que solo existe una forma de abordar el conocimiento científico con un planteo metodológico único; y otra dualista, que separaba el conocimiento en dos esferas: ciencias nomotéticas y ciencias ideográficas. En ese marco, la historia, que era una práctica antigua, comenzó a cultivar la obsesión por la evidencia empírica (el documento) que le daría legitimidad y neutralidad científica. Así, el rechazo a la filosofía especulativa y a las generalizaciones llevaba a la historia hacia un conocimiento “moderno”, aunque con orientación anti-teórica, por lo cual algunos académicos la situarían como ciencia ideográfica a través del historicismo decimonónico⁸. La geografía, por su parte, era también una práctica antigua pero, a partir del siglo XIX y por su aproximación a las ciencias naturales, se presentaba como disciplina nueva que se incorporaba al mundo científico.

En ese surgir de las ciencias sociales el concepto de región fue, entonces, una preocupación central de la geografía. Para entender la organización espacial hacía falta una noción que se refiriera a una espacialidad menor incluida en una más amplia. El concepto de región cumplía ese requisito, aunque su entendimiento iría cambiando con el devenir de las perspectivas y enfoques de la disciplina⁹. Por entonces, la región fue entendida desde los componentes físicos de la naturaleza; es decir, desde los factores climáticos y geomorfológicos que determinaban el recorte espacial. Fundamentos del positivismo, del evolucionismo y, sobre todo, la inclusión de la geografía dentro de las Ciencias Naturales darían fuerza explicativa a esta apreciación a partir del determinismo ambiental germánico. Posteriormente, las críticas y los fundamentos de la geografía humana francesa implicaron una oposición a la delimitación espacial por las condiciones de la naturaleza, mientras se planteaba que la acción del hombre también participaba en los espacios construyendo paisajes. Así, la región era una construcción histórica y se fundía en el paisaje. Este postulado daría origen también a la denominada geografía regional en oposición a la geografía general. Más próxima a una concepción científica ideográfica que nomotética, los estudios regionales buscaron entonces

⁶ Cardoso (2005, p. 151) considera que acompaña este pesimismo epistemológico “pos-moderno” que se expresó mayormente entre 1984 y 1994. Fontana (1992, p. 13) lo asocia con “la desconfianza ante cualquier planteamiento teórico, que bien puede traducirse en formas de positivismo enmascaradas de posmodernidad”.

⁷ Cardoso (1992) planteaba a fines del siglo pasado el surgimiento de un nuevo paradigma “pos-moderno” conservador que amenazaba al paradigma moderno e iluminista anteriormente dominante. Ginzburg (1994) sostenía una diferencia entre el paradigma “indiciario” conjetural de inferencias abductivas con el paradigma normal anterior, al cual denominó “galilleano”.

⁸ A decir de Wallerstein, “en el curso del siglo XIX las diversas disciplinas se abrieron como un abanico para cubrir toda una gama de posiciones epistemológicas” (Wallerstein, 2001, p. 12) Entre las humanidades y las ciencias naturales quedaba el estudio de las realidades sociales con la historia (ideográfica) y la ciencia social (nomotética).

⁹ Ello se plantea en la mayoría de los trabajos que pretenden dar una definición al concepto (Lobato Correa, 1986, p. 8; Carbonari, 1991), y también entre aquellos que pretenden “desnaturalizar” el concepto naturalizado desde la propia geografía (Alasia de Heredia, 1999, p. 84).

mostrar las particularidades regionales con sus modos de vida¹⁰.

De ese modo, la consideración de la acción humana como responsable de la formación del espacio significó una aproximación a la historia; y fue ese vínculo que se constituiría en “una primera explicación del desarrollo de la historia regional” (Cardoso, 1982, p. 75). Ese intercambio disciplinar posibilitaba reconocer que todo espacio tenía su historia, pero también que toda historia se plasmaba en un espacio determinado. Sin embargo, tanto el determinismo como el posibilismo tendrían enfoques atentos a los aspectos homogéneos de esa espacialidad. Espacialidad como un dato concreto de la realidad que se debía observar y describir en sí misma. Cada región era interpretada, por tanto, como una singularidad y, por ello, no habilitaba a generalizaciones. Para incluirse en el paradigma de la generalidad, posteriormente se entendió “imprescindible la realización de estudios comparativos” (Alasia de Heredia, 1999, p. 85).

El reconocimiento de la historicidad del espacio regional interesaría luego a localistas que reaccionaban a las marcas territoriales de los Estados nacionales, que habían fundido las particularidades locales en historias nacionales homogéneas. Así, el planteo de la región, como sinónimo de región histórica, aportó fundamento al constructo cultural que destacaba el proceso histórico anterior a las construcciones territoriales del Estado-nación. Como región histórica, preexistente al Estado nacional, el pasado adquiriría densidad explicativa que no estaba contemplada en la historia nacional y en su pasado glorioso. Los regionalismos, por ejemplo, considerados arcaicos desde la óptica científica¹¹, pretendían utilizar políticamente estos fundamentos para reforzar sus autonomías localistas avasalladas por los Estados nacionales¹². Esta especie de romanticismo e historicismo regional, opuesto a las construcciones de las historias nacionales, dio fundamento emotivo a las construcciones históricas regionales posteriores y sumó sustento crítico a las historias nacionales que se habían transformado en meras historias de un determinado lugar con pretensión de ser historia nacional¹³.

El optimismo científico y las representaciones teóricas

Al decir de Wallerstein (2001) la teoría de la modernización que acompañó al optimismo científico de mediados del siglo XX se fundaba en que existía un camino modernizante común para todas las naciones/pueblos/áreas, aunque éstas se encontraran en etapas diferentes de ese camino. En términos de políticas de Estado, ello se traducía en una preocupación a escala mundial por el “desarrollo”. Vocablo definido como proceso por el cual un país avanzaba por el camino universal de la modernización. Desde el punto de vista organizacional, la preocupación por la modernización /desarrollo tendió a agrupar a las múltiples ciencias sociales en proyectos comunes (Wallerstein, 2001, p. 45) y a valorar a la planificación.

El crecimiento económico necesario para la expansión del capitalismo llevaba también implícita la planificación regional¹⁴ y la historia como ciencia se sumaba a las preocupaciones científicas de la época. Asimismo, el pensamiento lógico invadía distintas áreas y el paradigma científico técnico tendía a explicar la realidad a través de estudios cuantitativos: estudios de población, estudios de mercado; y una nueva metodología para estudiar la región. De ese modo, la región, más que un dato concreto de la realidad, pasaría a constituirse en un a priori, en un enunciado a confirmar.

Con esos aportes, se reforzaría la perspectiva nomotética de las ciencias sociales. Así, se partía de supuestos a priori y se buscaban reglas que permitiesen explicar el proceso general. En tanto que en historia se indagaba sobre las condiciones previas para observar el estadio en que se encontraba una sociedad dentro del desarrollo; en geografía se acudía al diagnóstico para favorecer las intervenciones en el camino de la modernización.

En ese marco, la región era entendida como la delimitación espacial establecida por el investigador en forma apriorística. Las regiones, entonces, eran recortes del espacio que interesaban por la funcionalidad económica para el mercado y/o para la planificación del desarrollo regional. En todo caso, respondían a una clasificación

¹⁰ Fueron fundamentalmente los estudios sobre las corrientes teóricas aportadas desde la geografía que posibilitaron encontrar estos vínculos. En este trabajo se toma especialmente a Santos (1986) y Correia de Andrade (1987) que desde una perspectiva crítica e histórica sobre la geografía permiten recorrer los distintos enfoques dados al concepto.

¹¹ A decir de Heredia (1987), el regionalismo se aparta de pretensiones científicas de elaborar categorías de comprensión.

¹² El regionalismo ha sido comentado por Dalla Corte y Fernández (1998) fundamentalmente para España, que cuenta con regiones que luchan por el autonomismo, por tanto la perspectiva histórica para la región es clave en su reivindicación.

¹³ Se trataba de mostrar la relación de oposición entre historia nacional e historia regional. Al respecto Heredia decía: “los arcaicos historiadores reducidos al espacio de un pueblo sin ubicarlo en su contexto han encontrado la vía libre para acentuar entonces que en lo local y por extensión en lo regional, se explican la singularidad de los hechos históricos y su irrepetibilidad a fuerza de destacar los caracteres supuestamente únicos y originales de su objeto de estudio”. Más recientemente Areces insiste que “como rémora del pasado aún hoy existe una vertiente historiográfica de la historia regional que está impregnada de un fuerte espíritu parroquial, de regionalismo”; considerando que es uno de los riesgos del quehacer de la historia regional profesional (Areces, 2006, p. 375).

¹⁴ De allí la materialización del concepto “región-plan” (Bandieri, 1996, p. 96). Ello implicaba el reparto del espacio por parte del Estado, para que los recursos naturales posibilitaran el desarrollo de la propia región.

operativa según las características de sus recursos naturales para el crecimiento económico.

Los recortes espaciales, vale aclararlo, se diferenciaron en los marcos políticos. De ese modo, se identificaron regiones en el interior de provincias, se agruparon varias provincias constituyendo regiones con semejantes características y/o se agruparon regiones supra-nacionales. Todas estas delimitaciones tenían que ver con las características del espacio y las potencialidades económicas, geopolíticas o históricas del mismo.

La necesidad de construir representaciones teóricas explicativas, independientemente de las realidades en estudio, de conceptualizar, pero fundamentalmente de incluir el espacio regional en la explicación macroteórica, promovieron la elaboración de categorías de comprensión que posibilitasen contemplar lo empírico en “fenómenos recurrentes, de regularidades, de ciclos y de procesos de interrelación” (Heredia, 1987, p. 17). La construcción de modelos¹⁵ y el método hipotético-deductivo tendían, entonces, a redefinir el concepto de región desde lo económico. Bajo la perspectiva científica, las regiones serían “hipótesis a demostrar” (Van Young, 1987, p. 257)¹⁶, y los estudios monográficos se convertían en “referencia permanente en la comprobación o disprobación de cada uno de los supuestos encaminados a explicar los fenómenos y procesos históricos” (Heredia, 1987, p. 17). Los modelos más significativos para la historia fueron el funcional estructural y el marxismo estructuralista.

El modelo funcional estructural y las historias regionales

Bajo la impronta del estructuralismo francés, de la denominada Escuela de Annales y del marxismo científico, los estudios regionales dejaban de ser datos en sí mismos de la realidad para implicar conceptos relacionales que se explicaban en función de un contexto mayor¹⁷. El enfoque buscaba explicar *in situ* procesos macroteóricos. En ese sentido, había un desplazamiento del empirismo por la teoría.

Dentro de los postulados del estructuralismo incorporado en Annales, el modelo más exitoso fue propuesto por Braudel (1992), en el año 1949, en *El Mediterráneo y el mundo del Mediterráneo en la época de Felipe II*, trabajo que se transformó en el parámetro para los estudios regionales europeos por el grupo de Annales de la segunda generación¹⁸.

La obra adquiere importancia decisiva por el entendimiento del espacio en su relación con el tiempo e inaugura un nuevo diálogo entre la historia y la geografía. En esta perspectiva, adquiere relevancia lo espacial en desmedro de lo temporal (Carbonari, 1998, p. 11). El espacio, entonces, adquiere una diferencia fundamental con los planteos del posibilismo geográfico. Influida por el clima científico y la construcción de modelos legaliformes, se postula como la variable de explicación (Devoto, 1992, p. 83) y la sincronía estructural se impone sobre la diacronía acontecimental. Ello está plasmado en una reflexión posterior de Braudel, en el artículo que escribe en 1958 sobre la “larga duración”. Allí sostiene “aceptar el tiempo de larga duración equivale a familiarizarse con un tiempo frenado a veces [...] en el límite de lo móvil salirse para volver a él. Todos los niveles se comprenden a partir de esta semi-inmovilidad” (Braudel, 1980, p. 74).

Asimismo, Braudel, en ese mismo artículo, consideraba que la historia se iba adaptando a los puntos de vista de las ciencias sociales construyendo nuevos instrumentos de conocimiento y de investigación como los *modelos*. En ese sentido sostenía que “los modelos no son más que hipótesis, sistemas de explicación sólidamente vinculados según la forma de la ecuación o de la función; esto iguala a aquello o determina aquello. Una determinada realidad solo aparece acompañada de otra y entre ambas se ponen de manifiesto relaciones estrechas y constantes” (Braudel, 1980, p. 85).

Así, las monografías regionales - tanto urbanas como rurales - con fuentes homogéneas posibilitarían construir series de largo plazo. Se consideraba, entonces, que luego de obtener estudios exhaustivos particulares, a través del método comparativo se podía arribar a sólidas generalizaciones¹⁹. Para Braudel, la unidad física de estudio era la cuenca del Mediterráneo, que era el medio donde vivían los hombres, entre montañas, llanuras, mares y

¹⁵ Cardoso explicaba que el “modelo” era “representación simplificada de una estructura o sistema real”, lo que favorecía a la historia científica y al razonamiento deductivo. Además, consideraba que los mismos debían trascender “a realidades singulares por referirse a categorías más generales, aplicables a diversos casos”. Para el autor: “Aún cuando se refieren a casos específicos invitan a la generalización” (Cardoso, 1981, p. 157).

¹⁶ Esta conceptualización es la que parece más ha prendido entre los historiadores regionales quienes la reproducen continuamente. Ver Campi (2005, p. 87), Bandieri (2007, p. 49), Canedo (1993, p. 66), Mata de López (2003, p. 48), entre otros.

¹⁷ Pero básicamente era el referente de la historia económica que irrumpía también en la academia. En ese sentido Areces sostiene actualmente que la historia regional es deudora de la historia económica social practicada en la década de 1960 (Areces, 2006, p. 378).

¹⁸ Las diferentes historiografías de Annales pueden mostrar esta relación (Burke, 1993; Reis, 2000).

¹⁹ La mayoría de las monografías regionales, dentro del estilo de los Annales de los años 60 y 70, sostiene Peter Burke, se constituyeron en una notable obra colectiva sobre la historia económica y social, con introducciones geográficas al modelo de Braudel (Burke, 1993, p. 60-63).

ríos, y estaban interligados por caminos que conectaban los poblados. Los estudios de los intercambios entre las distintas ciudades le permitían trazar los orígenes del capitalismo a partir de los flujos comerciales y del dinero que se generaba²⁰.

Otro enfoque vinculado con la perspectiva estructuralista lo aportó François Chevalier (1976) en 1952 con *La formación de los latifundios en México: Tierra y sociedad en los siglos XVI y XVII*²¹, que se transformó posteriormente en un modelo explicativo en historia económica para México y luego para el resto de la América hispánica²². En esta obra se insistía en la importancia de mostrar las estructuras económicas y sociales que se habían “heredado” del imperio español y que dieron origen y consolidación al latifundio. En ese sentido, se estimaba que la forma de explotación de la hacienda generaba una estructura agraria y relaciones económicas de dominio ancladas desde la época colonial. De ese modo, el libro instalaba la discusión sobre la estructura agraria, el peonaje por deuda y otras problemáticas referidas al sistema de la hacienda. Los estudios regionales permitían así conocer cada particularidad y advertir semejanzas como diferencias. En todo caso, la hacienda podría ser una manera de mostrar la existencia de formas coloniales que perduraban a través del tiempo y que, en cierto modo, impedían formaciones económicas modernas²³.

El modelo marxista y las historias regionales

La perspectiva marxista²⁴ vinculada al enfoque del estructuralismo y a la preocupación científica también insistió con su propio modelo explicativo²⁵. Las categorías analíticas de explicación, como modo de

producción, relaciones productivas, fuerzas productivas, entre otras, eran fundamentales para comprender los modos de producción (primitiva, asiática, feudal) que cada formación social habría atravesado. Por ello, si la preocupación inicial del marxismo eran los orígenes de la desigual distribución de la riqueza, el libro de Maurice Dobb (1999), *Estudio sobre el desarrollo del capitalismo* de 1946²⁶, se transformaba en una de las primeras explicaciones históricas desde esa perspectiva²⁷, pero también se constituía en un modelo de explicación sobre el origen del capitalismo. Esta obra originó un debate acerca de cómo entender la teoría marxista. Es decir, si la acumulación previa al origen del sistema capitalista estaba en la propia esfera de la producción o en el desarrollo mercantil. Esta no era una mera disquisición teórica, dado que el análisis repercutía también en las formas de comprender históricamente los orígenes del capitalismo: su surgimiento en el siglo XVI a partir del comercio y la circulación de mercaderías y de hombres; o en el siglo XVIII a partir de la Revolución Industrial. Es decir, el clásico período de la Edad Moderna Europea, correspondiente al período colonial en América (siglos XVI a XVIII), pasaba a formar parte de debates inclusivos en una u otra línea y las monografías regionales (estudios de casos) podrían comprenderse como una u otra forma de dar vitalidad al modelo propuesto.

En ese contexto de debate, fue significativa para América Latina la compilación en los primeros años de la década del setenta por Assadourian (1989), en *Modo de producción en América Latina*. La misma reunió artículos de distintos autores que participaban de discusiones de la época (Ernesto Laclau, Ciro Cardoso, Juan Carlos Garavaglia, entre otros). El libro fue un termómetro de aquella polémica²⁸ y el planteo no quedaría únicamente en lo teórico. El debate implicaba la obtención de un

²⁰ En la lectura de Braudel se puede observar que, si bien se opone a la tesis weberiana sobre el origen del capitalismo vinculado a la ética protestante, comparte la idea del origen comercial del capitalismo en el siglo XVI, tesis posteriormente compartida con Wallerstein en su trabajo sobre la “economía mundo”. Quizás ello explique el éxito académico en el mundo occidental y la hegemonía braudeliniana entre los historiadores. De allí la importancia de afirmar el modelo a través de las monografías regionales.

²¹ La primera edición en francés de esta obra fue *La formation des grands domaines au Mexique: Terre et société aux XVIe-XVIIe siècles* (Chevalier, 1952). Traducida al español en 1956 (Chevalier, 1976, p. VII).

²² François Chevalier, influido por la primera generación de Annales, fundamentalmente por Bloch, había elaborado una explicación sobre la hacienda hispanoamericana. Bajo la segunda generación de Annales y de la historia económica norteamericana, surgiría una ampliación de estudios monográficos relacionados a la cuestión agraria, adoptando el modelo teórico de la hacienda. En un balance historiográfico realizado por Fradkin para los estudios agrarios de la época colonial en Hispanoamérica se muestra la fuerte impronta del planteo de este autor para los estudios regionales (Fradkin, 1993, p. 10-11).

²³ En un artículo de Fradkin (1997), *Reflexiones sobre la historia agraria, regional y comparada: Arrendamiento de tierras de agricultura cerealera en la colonia tardía*, se puede observar el fuerte vínculo entre modelo explicativo, en este caso el de Chevalier, historia agraria, historia regional y perspectiva comparada.

²⁴ El marxismo, que había surgido como crítica a los fundamentos del mundo moderno en el siglo XIX, se incorporó a la academia a mediados del siglo XX adoptando el paradigma científico, aunque tomando como base la conflictividad social. El geógrafo historiador francés Yves Lacoste y el historiador británico E. Hobsbawm lograron incorporar la perspectiva crítica con fundamento científico para la explicación geográfica e histórica, respectivamente. Ellos se convirtieron en referentes fundamentales de ambas disciplinas.

²⁵ Es significativo recordar que Braudel (1980) en su célebre artículo sobre la *Larga duración*, haya observado en Marx a uno de los principales creadores de modelos para las ciencias sociales en general y para la historia en particular, como lo señala Le Goff (1990, p. 3).

²⁶ Maurice Dobb justificaba su incursión en el terreno histórico considerando que “el análisis económico sólo tiene sentido y solo puede rendir frutos, si va unido a un estudio del desarrollo histórico” (Fontana, 1982, p. 239). Dobb inició un debate de argumentos y contra-argumentos que posteriormente se trasladaría a América Latina impulsando una serie de planteos en la historiografía marxista latinoamericana precisamente sobre los modos de producción en América Latina y sus formas económico-sociales.

²⁷ Arostegui (1995, p. 114) sostiene que la publicación de la obra de Maurice Dobb puede interpretarse como punto de “partida de un extraordinario desarrollo de la historiografía marxista en los países occidentales”.

²⁸ En la misma se cuestionaba la sucesión obligatoria de modos de producción y se planteaba la complejidad del problema para América Latina.

referencial que estaba relacionado a trabajos empíricos que buscaban argumentar mejor la teoría²⁹.

Posteriormente Assadourian (1983) estudiaba la producción cordobesa entre los siglos XVI y XVII y los vínculos que establecía con lo que denominó el “espacio peruano”. En su obra insistía en el estudio del mercado interno como clave para la comprensión del proceso americano. El trabajo de Assadourian posteriormente se transformaría en un modelo referencial para los estudios regionales del mundo colonial y parte del siglo XIX con fuertes vínculos con la economía potosina³⁰.

Otro ejemplo paradigmático de ese debate fueron los trabajos de Ciro Flamarion Santana Cardoso. Para comprender el modo de producción americano, Cardoso proponía la conceptualización de “modo de producción colonial”, o más precisamente “colonial esclavista”, identificando ciertos modos de producción coloniales dominantes en algunas áreas que coexistían con otros modos secundarios. En la demostración de su argumento, Cardoso estudió primeramente la Guyana francesa como contribución al estudio de sociedades esclavistas de América y posteriormente se centró en “dos casos”; es decir, dos regiones consideradas “áreas coloniales marginales”: “la región del Pará y la propia Guayana francesa (1750-1817)” explorando las posibilidades del enfoque comparativo (Cardoso, 1984)³¹. El trabajo de Cardoso es significativo para comprender las preocupaciones de los estudios regionales de esa época. Fundamentalmente en la vinculación de ciertos planteos de Annales con el marxismo científico y en la elaboración de una conceptualización menos rígida y más apropiada para América. Pero también, y especialmente, por entender los lazos de la historia regional con la geografía regional. El autor se preocupó, además, por definir la historia regional en relación con la historia de la agricultura, con fuerte impronta en la geografía humana³².

Desde otro espacio regional, en la misma compilación Garavaglia (1989) trataba de describir el funcionamiento económico de las comunidades guaranizadas rioplatenses, localizadas en lo que sería posteriormente la república del Paraguay. El autor consideraba la existencia de un modo de producción *subsidiario* al que denomina “despótico-

aldeano” o “despótico-comunitario”, creado a instancias de las necesidades de reproducción y acumulación de la esfera comercial. Posteriormente, en *Mercado interno y economía colonial* (Garavaglia, 1983), a través de una investigación de historia económica de la región del Paraguay, demostró que durante tres siglos ese espacio había sido centro único de producción de la yerba mate. Su énfasis estaba en identificar los cambios en los tipos de relaciones productivas y en el estudio de las formas de circulación.

También Chiaramonte (1983) se sumaba a las discusiones teóricas sobre el debate de las formas económico-sociales americanas, fundamentalmente en lo que hace a su periodización y al uso de categorías como feudalismo y capitalismo en América Latina. En síntesis, en estos estudios había una preocupación implícita: la necesidad de plantear generalizaciones teóricas que acompañaran a los estudios empíricos y posteriormente pudieran compararse.

La proliferación de casos, por otro lado, dio vitalidad a estudios regionales en los que los marcos políticos administrativos no estaban contemplados. Los mismos no eran meros datos aislados, sino que iban acompañados por un particular análisis de la sociedad y una preocupación científica que se traducía en la comprensión de lo general a partir de modelos explicativos. La labor se apoyaba en el método hipotético-deductivo, con técnicas cuantitativas priorizando la historia económica y el análisis de las estructuras, pero con un enfoque dinámico. Posteriormente se advirtió que estos estudios de casos no llegaban a resolver la relación entre las condiciones generales y lo particular, y que tampoco se había avanzado lo suficiente en las comparaciones. Algunas dificultades derivaban de que los propios estudios de casos tenían referenciales opuestos o serie de fuentes distintas. Sin embargo se reconocía que el estudio de áreas y regiones había pasado a ser un eje central, acompañando una manera de ver la historia económica que daba un giro al análisis del sistema global y el comercio externo. Así, el estudio regional y los mercados internos pasaban a ser fundamentales en América Latina (Fradkin, 1993, p. 12).

En síntesis, los modelos explicativos fueron el parámetro científico principal del estructuralismo. Su

²⁹ Ello paralelamente – a decir de Palomeque (1994, p. 13) – a su estudio de una realidad regional concreta.

³⁰ Assadourian inició sus investigaciones sobre la economía regional de Córdoba. Posteriormente estructuró todo el sistema de circulación y articulación regional dentro del espacio peruano para los siglos XVI y XVII, construyendo un modelo de circulación del “mercado interno colonial” y su relación con el “mercado externo” (Palomeque, 1994, p. 13). A decir de Silvia Palomeque, “modelo para el siglo XVI y XVII, con sustento en el concreto histórico, que sirve para ‘echarlo a navegar’ hacia la desestructuración del siglo XVIII y el origen de los estados nacionales. Un instrumento invaluable de trabajo” (Palomeque, 1994, p. 13-14). También se transformó en un referente significativo para pensar los estudios regionales (Bandieri, 1996, p. 78-79; Mata de López, 2003, p. 49).

³¹ El primer abordaje forma parte del estudio de una sociedad que denominara esclavista colonial. En el segundo, su intención era enmarcar las regiones dentro del modelo explicativo de sociedad esclavista colonial para América Latina (Cardoso, 1984).

³² Ello está presente en el artículo *História da agricultura e história regional: perspectivas metodológicas e linhas de pesquisa*, incorporado en el libro *Agricultura, escravidão e capitalismo* (Cardoso, 1982, p. 13-93). Parte del mismo se encuentra también en su libro, escrito conjuntamente con Brignoli (Cardoso y Brignoli, 1981, p. 81-85), en el apartado D): El concepto de región y la historia de la agricultura del libro *Historia económica de América Latina* (Tomo I).

propuesta consistía en conocer cómo funcionaba la estructura económica y social de una sociedad en un período de tiempo. Sobre esas estructuras operaban generalmente recortes de determinados períodos. En los trabajos se sostenía la premisa de que el relevamiento de varios casos particulares posibilitaría, en una segunda instancia -través de la yuxtaposición de dichos casos-, identificar semejanzas y diferencias.

La metodología de los estudios regionales

A grandes rasgos estos modelos funcional-estructuralistas (braudeliano y de Chevalier) y marxista compartían ciertos principios científicos: el hacer historia total³³, el considerar a la historia económica como fundamental y el preocuparse por la comparación. Con esos postulados, la región, como categoría científica, consistía en hipótesis a verificar, comprobar o refutar. En cuanto más determinista y estructurado fuera el modelo, la región asumía la perspectiva de ser un mero ejemplo de la totalidad.

El modelo funcional-estructuralista insistiría en los trabajos empíricos, mientras que el marxismo, manteniendo la perspectiva dialéctica, conflictiva y denunciadora, se preocuparía más por explicitar la desigual distribución de la riqueza en las regiones y en transformar la propia teoría y conceptualización en objeto de estudio. Ambas perspectivas, además, adherían al modelo legaliforme que estaba presente en las ciencias sociales, fundamentalmente

en la década del 50 y 70, puesto que compartían la misma literatura en metodología³⁴.

Durante este período, tres principios acompañaban a las ciencias sociales y estaban imbricados en el estudio de la región: la creencia en la regularidad de los fenómenos (de allí la importancia de la comparación); la noción de etapas que atraviesan la sociedad; las premisas de la teoría de la modernización y el postulado de que el campo de observación coincide con lo aceptado como legal³⁵. A partir de estos principios, los estudios regionales se convirtieron en la observación de los casos que la teoría explicaba³⁶.

A los estudios de la economía que enfatizaban la vinculación con el mercado externo³⁷, desde los planteos de Assadourian (1989) y Garavaglia (1983), al que se sumaba el clásico *Revolución y guerra* de Donghi (1972)³⁸ -como un referente de modelo para la historia Argentina³⁹-, se agregaba una variada gama de alternativas y sugerencias para abordar las economías del interior de Argentina⁴⁰.

En metodología, en tanto, el enfoque de Kula (1977) se evidenciaba en los abordajes que consideraban a la estancia como una *institución económica* y una empresa capitalista, en los cuales los actores sociales y mercados se interesaban por producir, intercambiar y obtener ganancia en beneficio propio⁴¹.

La historia regional científica y en versión nomotética surgía fuertemente articulada a una metodología precisa para abordar espacios interiores. Por ello resultaba útil un concepto más sincrónico -de espacialidad económica- abordado a partir de tipologías y un concepto más diacrónico -procesual- abordado a partir de la historicidad del espacio. La intención comparatista entre casos análogos, por otro

³³ Como expresaba Pierre Vilar (*in* Cardoso y Brignoli, 1981, p. 157), "la historia total" no consiste en la tarea imposible de "decirlo todo sobre todo", sino "solamente en decir Aquello de que el todo depende y aquello que depende del todo".

³⁴ Entre los que es posible citar al propio Cardoso (1981), a Cardoso y Brignoli (1981, 1984) y a otros autores sobre metodología científica en historia, como Topolski (1973) y Kula (1977). Este último había postulado la construcción de *modelos y tipologías* para el funcionamiento histórico estructural y fue retomado por Cardoso y Brignoli (1981, p. 77). Tanto Topolski como Kula eran historiadores del período post-estalinista que tuvieron contacto con la escuela francesa de historia y sus tratados metodológicos marcaban los rumbos de la construcción histórica. La escuela polaca había logrado mantener una verdadera interacción con académicos marxistas de estados no socialistas, entre los que se encontraban Hobsbawm y Maurice Dobb en Inglaterra; Albert Soubol, Pierre Vilar, Ernest Labrousse en Francia y Eugenio Genovese en Estados Unidos, entre otros. Esta interacción se reconoce en la perspectiva historiográfica presentada por Fontana (1982, p. 225-226) y en el propio tratado metodológico elaborado por Cardoso y Brignoli (1984), así como en la introducción al trabajo de la investigación histórica de Cardoso (1981). Para la construcción científica de la historia fueron considerados manuales superadores de la perspectiva ideográfica e historicista anterior como el clásico manual de Bauer (1970).

³⁵ Según lo planteaba Bagú (1975, p. 21) en su reflexión sobre la teoría de occidente.

³⁶ Cabe aclarar que el manual de metodología elaborado por Julio Aróstegui (1995) mantiene casi los mismos criterios científicos del período anterior para la construcción de la historia regional, al establecer una distinción entre historia general e historia monográfica (Aróstegui, 1995, p. 322) y en el cuadro elaborado sobre "Los campos de investigación histórica" (1995, p. 323).

³⁷ Que acompañaban a la propia conceptualización de la periodización económica de América Latina de "crecimiento hacia fuera".

³⁸ Este texto generaba también un modelo paradigmático a seguir para quienes pretendían abordar desde el Río de la Plata el espacio pampeano, que se escapaba al esquema andino, fundamentalmente en el período que se dio en denominar de "desajuste regional" y de recambio hacia el Atlántico (Donghi, 1972, p. 17). En ello es significativo el trabajo de Donghi sobre la estancia betlemítica de Fontezuelas (partido de Pergamino, Buenos Aires), publicado en Florescano (1975) *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina*, lo que podría estar indicando el estudio de un caso particular -una historia regional- acorde con esta perspectiva teórica que aborda la estancia como unidad productiva (Gelman, 1998, p. 24). También vale destacar el artículo *La expansión ganadera en la campaña de Buenos Aires (1810-1852)*, publicado inicialmente en el libro *Los fragmentos del poder* junto a Di Tella (Donghi, 1969) y en posteriormente en la compilación de Álvaro Jara (1973) *Tierras Nuevas*, subtítulo *Expansión, territorio y ocupación del suelo en América (siglos XVI-XIX)* Allí también se buscaba un modelo de frontera bajo la triple conceptualización, "ocupación del suelo", "poblamiento" y "frontera" que mostrará el dinamismo de un proceso económico que explica la expansión de la frontera (Jara, 1973 p. 2). De este artículo se sostendrá que marca el inicio de una renovación historiográfica (fundamentalmente para la frontera decimonónica en Argentina), pues, a decir de Mateo (1993), "marcará un hito en la historiografía en este tema a pesar de haber pasado casi desapercibido". Así se activaron estudios regionales sobre movimientos de población, en particular hacia la frontera, en cuanto ésta se presentaba como factor de atracción (Carbonari, 2007).

³⁹ Por su diferenciación de los espacios del territorio argentino: el interior, litoral y Buenos Aires, y por conceptualizaciones de "desajuste regional", "ruralización de la política" para explicar el siglo XIX.

⁴⁰ Para Garavaglia (1993) fueron soporte a lo que se dio en denominar "el relanzamiento historiográfico colonial".

⁴¹ Ver, por ejemplo, Reguera (2006, p. 48), quien, tomando como escenario el espacio pampeano, presenta el estudio de la estancia y su morfología interna en cuanto institución económica y social e incorpora para ello como referente a Kula (2006, p. 58).

lado, será el blanco de quienes practicaban la historia regional⁴² y la proyectaban en sus estudios.

Un modelo para la historia regional

En virtud de la preocupación metodológica que se expresaba en el campo, la construcción de modelos y las tipologías⁴³ se consideraron instrumentos de análisis valiosísimos para construir marcos explicativos. En los años ochenta, en tanto, el texto de Van Young (1987) irrumpió en el escenario académico con reflexiones sobre la conceptualización de la historia regional. Ese escrito se transformaba en guía para quienes pretendían abordar la especificidad⁴⁴. El autor planteaba que generalmente quienes trabajaban con historia regional no especificaban qué entendían por región. A su parecer, ello se debía a que la mayoría consideraba que sabía lo que era una región, pero que en la práctica se remitía a una ciudad o pueblo con su espacio circundante⁴⁵. Bajo los principios de la teoría funcional-sistémica, sostenía que el concepto de región espacializaba las relaciones económicas. Con ese enfoque los sistemas regionales demostraban las diferencias funcionales entre sus partes y las jerarquías o relaciones asimétricas que contenía el sistema.

La región, como concepto relacional, se postulaba bajo el método hipotético deductivo. Así, si lo global era proyectado dentro de la teoría de modernización económica, las regiones que participaban de ese proceso de crecimiento constante tenderían a la modernización. Si la

región era comprendida como “hipótesis a demostrar”, las definiciones a priori se planteaban como tesis explicativa global⁴⁶; si la región implicaba la espacialización de una relación económica”, se advertía su función/relación a otra región⁴⁷. Para la perspectiva teórica el análisis de lo regional ayudaba “a resolver la tensión entre la generalización y la particularización” (Van Young, 1987, p. 260).

La espacialización de la relación económica se propone a través de una tipología en relación a un emplazamiento central, distinguiendo un embudo/dendrítico (si el vínculo es con el mercado externo) y una región solar/olla presión (si el vínculo es con el mercado interno). La espacialidad económica regional se vincula, entonces, a los flujos comerciales (Van Young, 1987, p. 263). Así, el espacio es concebido desde una perspectiva circulacionista; es como mercado⁴⁸ y bajo un enfoque sistémico. La propuesta fue objeto de crítica de los marxistas que advertían que se abandonaba la esfera de la producción para observar solo la relación de dependencia del flujo comercial⁴⁹. En cierto sentido, su aceptación implicaba el abandono del debate entre circulación y producción que marcó tan fuertemente la década de los años setenta⁵⁰.

A mediados de los años noventa, Bandieri (1996), en un esfuerzo significativo para pensar la historia regional, reflexiona sobre el concepto, toma distancia del modelo propuesto por Van Young y, recuperando el planteo de Assadourian, entiende que el análisis histórico regional debe partir de la producción económica del espacio y en segunda instancia del mercado⁵¹. En

⁴² En la Argentina, la perspectiva comparativista es revelada por Fernández (2007) cuando sostiene la necesidad de un esfuerzo que sea capaz de “sincronizar la aproximación teórica-metodológica a partir de supuestos que otorgan entidad y especificidad” a los estudios regionales. También se ocupan de ello Areces y Mata de López en la compilación sobre *Historia regional comparada: estudios de casos y reflexiones teóricas*, citado por Fernández (2007, p. 32). A modo de ejemplo, el artículo mencionado de Fradkin (1997) se encuadra en esta perspectiva.

⁴³ Las tipologías, según Cardoso y Brignoli, eran “procedimientos de clasificación”, para ser aplicados a unidades de análisis menores “que buscan ordenar, según alguna hipótesis explicativa (explícita o implícita), una variedad de casos concretos generalmente grande, y por lo tanto difícil de manejar o interpretar”. Insistía el autor en que las mismas eran “instrumentos de análisis, hipótesis de trabajo que ayudan a orientar la investigación y a formular esquemas de interpretación” (Cardoso y Brignoli, 1981, p. 79).

⁴⁴ Para Bandieri (1996, p. 78) el artículo de Van Young en Argentina “marcó una divisoria de aguas e inició en el país una fructífera discusión acerca del alcance teórico-metodológico de la construcción histórica regional”.

⁴⁵ Particularmente se cree que el autor hacía referencia a aquellos trabajos de historias provinciales o lugareñas más bien preocupados por una narrativa del progreso local o de la política urbana o provincial vinculada a la historiografía tradicional, que la misma historiografía “científica” había tratado de superar. En ello no se evidencia o se desconoce la particular práctica de historia regional que se venía realizando y que se ha comentado anteriormente con fuerte impronta científica.

⁴⁶ Al plantearse modelos explicativos generales, las regiones fueron entendidas como parte de una “matriz mayor” en la que las regiones se insertaban, ya sea como “meta-región”, Estado-nación, o “sistema mundial” (Van Young, 1987).

⁴⁷ Este autor plantea que “el concepto de región en su forma más útil, es [...] la ‘espacialización’ de una relación económica” (Van Yung, 1987, p. 257, 262).

⁴⁸ Un ejemplo de ello está presente en el texto de Campi, quien, haciéndose eco de la tipología de Van Young, sostiene que “lo decisivo para definir una región es su funcionamiento, su sistema de flujos, los diversos modelos de relaciones sociales que se establecen en su seno”. En ese sentido, desde la perspectiva de Campi, se debe “privilegiar el estudio de la circulación de bienes y personas, el desarrollo y la dinámica de los mercados, pues allí se establecen las articulaciones, las relaciones de interdependencia, las espacializaciones”. Porque ellas remiten en segunda instancia “a las estructuras sociales, a la producción, a las modalidades de acumulación, a la formación de las clases y los sistemas de dominación” (Campi, 2005, p. 87).

⁴⁹ El modelo explicativo propuesto a través de las tipologías “solar/olla presión” y “embudo/dendrítico”, según la relación económica, será posteriormente objeto de replanteos para avanzar en modelos interpretativos más complejos que incorporen el análisis de la estructura social y las relaciones sociales de producción (Bandieri, 1993, p. 83, 1996, p. 96, 2005, p. 100). Sin embargo esta tipología fue muy utilizada precisamente porque permitía explicar el funcionamiento de una región en particular dentro de un modelo general. En el caso de la región del Río Cuarto ello fue planteado por Gutiérrez de Grimaux (1993, p. 9).

⁵⁰ Ello permite comprender por que el modelo de Van Young, a decir de Bandieri, sería “masivamente aceptado y reconocido por quienes desde Argentina intentaban aproximarse a enfoques regionales más novedosos”. Sería también un “disparador para una serie de reflexiones”, desconociendo los aportes que ya había efectuado Assadourian para entender a la región como “espacio económico” (Bandieri, 1996, p. 78).

⁵¹ Sostiene la autora, “definimos nuestro objeto de estudio a partir de la organización social del espacio y de las formas adoptadas por el asentamiento de población a partir de la orientación productiva dominante, sus formas de comercialización y su relaciones de mercado, con especial atención a los mecanismos de producción y reproducción del capital” (Bandieri, 1996, p. 80).

distintos artículos Bandieri (1993, 1996, 2005, 2006, 2007) refleja precisamente esta perspectiva: problematiza el concepto de región, explica su metodología de abordaje, sus referentes y expone los resultados de sus investigaciones⁵².

Región: proceso de construcción de la historicidad del espacio

En correspondencia teórica con el marxismo, la corriente de la geografía crítica va a entender a la región también como una espacialidad de relaciones económicas según la apropiación diferenciada del espacio y los mecanismos de producción que se fueron dando en el tiempo⁵³. Así, las regiones no se explican por tipologías sino por procesos que se gestan históricamente y se vinculan a la expansión del capitalismo que reordena los espacios. Según Santos⁵⁴, esa perspectiva repercute sobre la noción clásica de región y obliga a los teóricos a procurar una nueva definición. “Nas condições atuais da economia mundial, a região não é mais uma realidade viva dotada de uma coerência interna; ela é, principalmente, definida do exterior [...] e seus limites mudam em função de critérios diversos. Nestas condições a região deixou de existir em si mesma” (Santos, 1986, p. 23).

Surge, en ese marco, una preocupación desde la historia en cuanto a rescatar la conformación de espacialidades diferenciadas a partir de la penetración del capital y su capacidad de transformar el espacio natural en artificial⁵⁵.

De ese modo, la región, como entidad concreta, se concibe como resultante de múltiples determinaciones y se caracteriza por una naturaleza transformada por herencias culturales y materiales y por una determinada estructura social con sus propias contradicciones. Es particular en el sentido de una especificación de la totalidad espacial de la cual forma parte; es decir, es la realización de un proceso histórico general en un cuadro territorial menor, donde se combinan lo general y lo particular.

En esta dimensión, cada región será entendida en su totalidad a través de los procesos de base material que resultan de la interacción entre el hombre y el medio que transforma lo natural construyendo una “segunda naturaleza”. El estudio de la región será, entonces, el de las relaciones constituidas históricamente entre ese sub-espacio y el contexto mayor que lo posibilita y da sentido.

El espacio regional, no es, por tanto, un espacio fijo, sino un espacio social con conjuntos heterogéneos en continua interacción. Es testimonio del pasado que actúa sobre el presente y condiciona el futuro. Analizarlo implica verlo como un espacio dinámico, en continuo movimiento. Por tanto, como producto de la historia y que al mismo tiempo actúa sobre la historia.

Crisis del optimismo científico

Hacia fines del siglo XX, frente a “la crisis de los grandes paradigmas”⁵⁶, se postulan “tiempos de incertidumbre” (Chartier, 1996). En la Ciencia Histórica, en tanto, se hacen distintos anuncios apocalípticos como el “fin de las ideologías”, el “fin de la historia” y a la vez se señalan varios “retornos”: la narrativa, la biografía, el acontecimiento⁵⁷. Estos cambios afectaron las formas de construir el conocimiento en historia y por consecuencia la manera de entender la región. Para el estudio de lo particular otro concepto que adquirió fuerza y se instaló fue el de micro-historia. Hubo, entonces, una redefinición de región desde lo antropológico, buscando vincular región con identidad particular, cuando esta se vaciaba en lo global⁵⁸.

Al advertirse que la realidad económico-social se había modificado, se hacía necesario también -a decir del antropólogo Renato Ortiz- “un desplazamiento de la mirada científica”. A fines del siglo XX, la noción de espacio estaba en cuestión en el mundo globalizado⁵⁹ y las transformaciones acaecidas del siglo XX tornaban obsoletas ciertas ideas como la de “unidad geográfica elemental” propuesta por Pierre George en 1958. Frente al

⁵² Ello ampliando el objeto de estudio desde la estructura económica hasta observar los sujetos sociales hegemónicos (Bandieri, 2007, p. 61).

⁵³ Los textos de Santos (1985, 1986, 1996) permiten pensar la región desde un enfoque del espacio en relación con las formas de acumulación del capitalismo.

⁵⁴ Hablar sobre espacio - dirá Santos (1996, p. 14) - es insuficiente, si no se busca definirlo a la luz de la historia concreta.

⁵⁵ Esa comprensión pasa por el reconocimiento de la creciente imbricación entre lo natural y lo artificial, que permite abordar tanto el viejo debate sobre la definición de la geografía física y de la geografía humana, como la discusión sobre el sentido de la geografía general en relación con la geografía regional (Santos, 1996, p. 14).

⁵⁶ Así la denominó Aróstegui, quien sostenía que el último cuarto del siglo XX se presentaba como “época de cambio, no sólo en la historiografía [...] sino en toda la concepción general del conocimiento científico del hombre y en consecuencia en la orientación particular de las ciencias sociales” (Aróstegui, 1995, p. 130).

⁵⁷ Stone denunciaba el fin de la “certidumbre suprema” de los historiadores científicos que entre los años 30 y 70 se habían alineado al modelo determinista de la explicación histórica de análisis estructural.

⁵⁸ Ello también se asocia con la crisis del Estado Nación y la irrupción de distintos y variados grupos sociales que permiten plantear las emergencias de localismos frente a planteos globalizadores (Fernández, 2007, p. 38).

⁵⁹ Antes de las transformaciones científico-técnicas y del capitalismo cada espacio mantenía contacto con el mundo externo, “lograba articular su autonomía” y se preservaba de diversas influencias. En espacio-mundo “la parte no es más la unidad autónoma; se articula o, mejor, es atravesada por el todo” (Ortiz, 1996, p. 42, 44). También Santos sostiene que “las crecientes relaciones con áreas cada vez más alejadas suprimen las veleidades de la autonomía. No se puede considerar la región como autónoma” (Santos, 1996, p. 46).

impacto de la tecnología, se postula la desterritorialización de “las personas, las viviendas y los edificios”⁶⁰. Cada localización, ciudad o región, deja de ser concebida como una entidad con fronteras propias, en virtud de su producción interna, sino que se piensa constituida en una red con polos interactivos. La interacción entre ciudades implicaba a su vez “un poder de organización que escapa a la territorialidad de una única zona urbana” (Ortiz, 1996, p. 54). Así, la localidad se torna global cuando se articula “de forma dinámica al sistema capitalista mundial” y el sustrato de la economía capitalista “es la condición necesaria para la consolidación del proceso de globalización”. En esa globalización, el espacio pierde su condición específica anterior, porque ahora es un “espacio que se articula, se mezcla y, muchas veces, determina espacios de otra naturaleza” (Ortiz, 1996, p. 55). Pierde, por tanto, identidad particular local, ya no es un espacio restringido bien delimitado a un grupo de personas, pasa a asumir una identidad mundializada.

La pérdida de identidad local acompaña la pérdida del vínculo con la tierra y sus raíces. Ese desarraigo implica una desterritorialización y aleja de las particularidades regionales sus valores. Por eso, en este contexto, las historias regionales -dirá Ortiz- también son pensadas como *contrapunto* a la historia universal. Si ésta estaba apartada de la vivencia de las personas, “local y cotidiano surgen, así, como términos intercambiables, equivalentes”. La experiencia de la cotidianeidad se opone a la abstracción de la universalidad, porque marca, da sentido y vuelve el sujeto al territorio. “Lo ‘local’ participa aún de otra cualidad: la diversidad” (Ortiz, 1996, p. 57).

También Santos observa esta interacción entre lo general y lo particular cuando sostiene que estudiar la región “significa penetrar en un mar de relaciones, formas, funciones, organizaciones y estructuras, con sus más diversos niveles de interacción y contradicción” (Santos, 1996, p. 46). Por lo que si el espacio se unifica en la economía mundo, las regiones se transforman en distintas versiones de la mundialización. En el mundo capitalista “cuanto más se mundializan los lugares, más se vuelven singulares, y específicos, es decir únicos” (Santos, 1996, p. 46), por el juego de relaciones que se establece entre lo que llega (capital y tecnología) y lo preexistente (“la historia del lugar”) y porque los procesos de escala

mundial tienen resultados particulares, diversos, en relación con cada lugar⁶¹.

El ocaso de la “historia total” y el derrumbe de los modelos

Sin entrar en los debates que plantearon el agotamiento del modelo científico, de posturas racionalistas o las denominadas post-modernas, puede decirse que desde fines de los años sesenta los cambios que se dieron en la propia realidad económica, social y cultural invitaron a replantear la manera de entender la construcción del conocimiento en las llamadas ciencias sociales, en la historia y en la historia regional en particular.

Jaques Le Goff anunciaba en 1978 *La nouvelle histoire*. En el prefacio de una nueva edición, diez años más tarde, sostenía que la ambición de los Annales de una historia total, es decir, que abarcara al conjunto de la evolución de una sociedad según modelos globalizantes, aún se mantenía como horizonte. Asistió, por tanto, a una nueva regeneración en esa perspectiva de estudios de historia local o regional (Le Goff, 1990, p. 3), replicando a quienes criticaban que se había trastocado la historia total por una historia en “migajas”, haciendo clara referencia a Dosse⁶². Asimismo, consideraba que los retornos a temáticas tradicionales (política, biografía, acontecimiento) lo eran bajo una problemática profundamente renovada. La expresión ejemplar de interpretar esos cambios de paradigma, sostiene Le Goff, fue el debate entre dos historiadores anglosajones, Lawrence Stone y Eric Hobsbawm. Stone en 1978 había denunciado el fin de la “certidumbre suprema” de los historiadores científicos que entre los años 30 a los años 70 se habían alineado al modelo determinista de la explicación histórica de análisis estructural, mostrando lo que denominaba “retorno” a la narrativa. Stone planteaba un recambio de paradigma que tomaba como objeto de estudio “[...] no el conjunto de una sociedad, sino solamente un segmento -una provincia, una ciudad, incluso un pueblo” (Stone, 1980, p. 102)⁶³.

A Stone le replicó un año después Hobsbawm (1980) sosteniendo que ello no significaba una “renuncia a los “grandes” temas, [...] sino que se trata de la continuación de las iniciativas históricas precedentes por otros medios”

⁶⁰ En la discusión de la desterritorialización se sostiene que “el espacio se vació”, “que el mundo ya no conoce fronteras” y que “la noción de espacio estaría en su ocaso” (Ortiz, 1996, p. 50-51). Si en el siglo XIX la idea de territorio era representada por los límites con su materialidad e individualidad, cada región del globo estaba habitada “material y espiritualmente, por una cultura”, las transformaciones del siglo XX dejaban sin conexión al territorio y su cultura (Ortiz, 1996, p. 49).

⁶¹ Santos insiste en que “para comprender cualquier fracción del planeta hay que tener presente la totalidad del proceso que la engloba, asimismo para comprender la realidad global es indispensable entender lo que es la vida en las diferentes regiones” (Santos, 1996, p. 47).

⁶² Dosse (1992) sostuvo que los Annales, constituidos en el paradigma de la historia total, abandonaron el programa original, renunciando a la historia global, transformadora y emancipadora propuesta por los fundadores y se inscribieron dentro de una historia en “migajas” o “fragmentada”.

⁶³ El texto de Stone y la réplica de Hobsbawm fue posteriormente reproducido en la *Revista Oberta*. Para Stone, “la historia total no parece posible, sino a condición de escoger un microcosmo” (Stone, 1980, p. 103).

(Hobsbawm, 1980, p. 110). Tanto Stone como Hobsbawm o Le Goff reconocían cambios de orientación en la historia afectada por la crisis de las ciencias sociales al tiempo que anunciaban la necesidad de redefinir el lugar de la historia. Stone planteaba un retorno⁶⁴, celebrando la vuelta a lo cualitativo frente a lo que consideraba excesivo predominio de la cuantificación. Le Goff⁶⁵ insistía en una renovación y Hobsbawm⁶⁶ mantenía el horizonte del marxismo científico, por lo cual el cambio estaría dado por el de uso del instrumento adecuado⁶⁷.

Sin embargo, en el propio marxismo inglés se fueron dando algunos cambios que tenían que ver no solo con cuestiones científicas, sino también políticas y sociales. La referencia teórica más significativa fue crítica al estructuralismo que acompañaba los debates europeos del marxismo post-estalinista, incorporando planteos de la Escuela de Frankfurt (Jay, 1986), de Gramsci (1985) dando inicio a los estudios culturales ingleses (Sardar, 2005; Hall, 2008). Estos autores, entre los que se encontraba Thompson, criticaban el determinismo y reduccionismo economicista de la tradición marxista que había subordinado la cultura a las leyes unívocas de la macro-racionalidad⁶⁸.

A fines de la década de los años sesenta, un libro será clave para la renovación del propio marxismo: la obra de Thompson *Formación de la clase obrera* (1989). Posteriormente se dirá que, a partir de aquellos años, emergen para la historia el estudio de los grupos que antes no habían tenido relevancia o presencia en los análisis históricos. Thompson, por ejemplo, trataba de “rescatar al pobre tejedor de medias” y “al ‘obsoleto’ tejedor manual”. Pero será el fuerte debate instalado con el marxismo

estructuralista y contra la epistemología althusseriana (Thompson, 1981) que marcará luego una ruptura con el marxismo teórico⁶⁹.

A partir de entonces, el foco central de la historiografía ya no estará sobre el dominio del Estado, ni sobre las estructuras impersonales o los procesos económicos sociales sino en “las experiencias existenciales de personas concretas e individuos” (Iggers, 1998, p. 18). En ese sentido, si el objeto de la historia a mediados del siglo XX se había desplazado de lo político a lo económico, implicando todo un cambio de abordaje metodológico, el nuevo recambio de fines del siglo XX hacia lo antropológico, hacia las experiencias y el mundo de la vida, implicaría nuevas estrategias de investigación.

La alternativa micro-histórica

Frente a la crisis de los modelos estructurantes, será posible identificar distintas alternativas, pero en la búsqueda de lo particular la mayor expresión se da en lo que se denominó microhistoria, fundamentalmente a la italiana⁷⁰. Asumida “esencialmente como una práctica historiográfica”, con referencias teóricas múltiples -a decir de Giovanni Levi (1993, p. 9)⁷¹, tiene su punto de inflexión en la obra de Carlos Ginzburg (1997)⁷², centrada en la historia de un individuo: un caso límite en que analiza las huellas de su tiempo, donde el autor hace converger la cultura popular y la cultura de elite. Referentes significativos de su texto son el poeta marxista Bertolt Brecht, Antonio Gramsci que plantea la doble dimensión de la cultura (cultura de elite vs cultura subalterna y el

⁶⁴ Vinculado a una perspectiva historiográfica sobre estudios de la familia, que Anderson (1988) denominó “aproximación a través de los sentimientos”, proponía un abordaje desde el punto de vista cualitativo en contraposición a los vinculados con la demografía histórica realizada hasta entonces. Su libro *Familia, sexo y matrimonio en Inglaterra 1500-1800*, de 1977, fue publicado un año antes de su artículo sobre el retorno a la narrativa (Stone, 1990). El planteo de Stone se vincula a la perspectiva que denomina “los sentimientos, los modelos de comportamiento” (Stone, 1980, p. 98).

⁶⁵ Quien asumía la continuación de la línea de los Annales en su tercera generación se transformó en el principal defensor de la historia nueva. Posteriormente Chartier (1996) plantea “múltiples desplazamientos”, de las estructuras a las redes de relaciones, del sistema de posición a situaciones vividas, de normas colectivas a estrategias singulares manteniendo una clara continuidad con los Annales.

⁶⁶ Hobsbawm era el máximo exponente de la historia marxista. La trilogía clásica de Hobsbawm (la era de la revolución, la era del capital y la era del imperio), que proponía comprender la historia como un todo, se transformó en una de las mejores síntesis explicativas de la historia. La Nueva Historia de Annales fue bautizada por Hobsbawm la *nouvelle vague* francesa (Hobsbawm, 1998, p. 193-194). También Cardoso (1988) observa una tendencia reaccionaria más que renovadora en la Nueva Historia.

⁶⁷ Para Hobsbawm (1980, p. 109) no había nada nuevo “en la decisión de contemplar a través de un microscopio, en vez de a través de un telescopio”. Y si bien “[...] es significativo que [...] la mayoría de los historiadores hayan optado por el microscopio, esto no quiere decir necesariamente que éstos rechacen el telescopio como un instrumento anticuado”.

⁶⁸ Ello llevó también a un debate dentro del propio marxismo que se refleja en la polémica entre Thompson y Anderson (Sazbon, 1987). En *Tras las huellas del materialismo histórico* de Anderson (1988) se puede reconocer la postura de este autor desde una perspectiva más teórica respecto a los cambios del marxismo.

⁶⁹ Thompson planteó la categoría *experiencia* como clave para comprender desde lo concreto; por lo que se necesitaba en historia tanto de la investigación de lo empírico como de lo teórico, así como de la interrogación teorizada encontrada en esa investigación (Thompson, 1981, p. 313).

⁷⁰ Según Serna y Pons (1993) la micro-historia italiana fue un intento saludable de desembarazarse de las coerciones cognitivas de la época. Nace de la crisis del marxismo pero también es una respuesta en el ámbito historiográfico a la crisis de la razón. “Comparte con la posmodernidad la certidumbre de una quiebra de paradigmas tradicionalmente sostenidos para explicar desde lo general una realidad que siempre es local” (Serna y Pons, 1993, p. 127). Más contemporáneamente, estos autores (Pons y Serna, 2007) argumentan sobre la cuestión de la significatividad que éste planteo asume con relación a la búsqueda de representatividad incluida en el abordaje del paradigma científico anterior.

⁷¹ Serna y Pons sostienen que fue Jacques Revel el interlocutor y crítico de los italianos en el terreno de la microhistoria. Y si bien de la Serna y Pons recuperan con claridad una marca marxista en formación y trayectoria familiar, ese carácter, sea de militancia política o de formación intelectual marxista, no es mencionado por Jacques Revel. Subyace -en el análisis de Revel- el empeño de recuperar la trayectoria de los italianos como un desdoblamiento de repercusión de la historiografía francesa en Europa (Pesavento, 2000, p. 216), aunque tanto Ginzburg y Poni (2004) como Levi (1993) se reconocen tributarios de la historia social francesa y anglosajona.

⁷² Carlo Ginzburg se ocupa de la historia de un molinero friulano condenado por el Santo Oficio a la hoguera tras un proceso inquisitorial a fines del siglo XVI. El libro se denomina *El queso y los gusanos: La cosmovisión de un molinero del siglo XVI* (Ginzburg, 1997). Una obra cuyo objeto era la reconstrucción y el análisis de una cosmovisión, la de Domenico Scandella, llamado Menocchio. De una vida que transcurrió en completo anonimato.

problema de la hegemonía), Michael Bakhtin (voces contrapuestas que expresan el conflicto que no puede definirse de manera unívoca) y el filósofo Walter Benjamin (la historia desde las perspectivas de las víctimas). Sin duda su enfoque fue una provocación en un contexto de investigaciones cuantitativas y seriadas que estudiaban a las clases subalternas a través del número y el anonimato⁷³.

En nuestro continente, particularmente, en México, también comenzó a plantearse una especie de micro-historia con la obra de Luis González *Pueblo en Vilo* (1968). Pero en este caso, la micro-historia se remonta a la tradición del historicismo y la matriz romántica, en la que la cultura de un pueblo se expresa en la individualidad, con sus sentimientos, valores e idiosincrasia.⁷⁴ Esa micro-historia también es diferente a la historia regional científica. “La microhistoria o historia del propio terruño es hija de la historia recordada” que pertenece al “reino del folclore”. Por el contrario la historia regional es “menos emotiva” y trabaja con hipótesis que están a cargo de profesionales (González y González, 1997, p. 193-194).

Estas dos alternativas de microhistoria, la italiana y la mexicana, se presentan para públicos diferentes. La microhistoria de la que habla González y González es la que aún existe en muchos pueblos a cargo de sus propios memorialistas. Estos pueden ser “maestros”, “sacerdotes” o literatos locales. Es una forma de hacer historia que no compite con la Academia. En cambio, la perspectiva microanalítica italiana, de tradición marxista, propone un paradigma de comprensión cualitativo basado en el seguimiento nominal a través de indicios, vestigios y con una fuerte impronta antropológica. Es una historia de trayectoria historiográfica con grandes debates que no ha abandonado la utopía marxista, la ha revitalizado insistiendo en la experiencia y vivencia de los sujetos, los “subalternos”, dentro de las estructuras de dominación.

Construcción de la historia regional

Por su parte, en el contexto de crisis del paradigma explicativo, las formas de construir historia regional parecen independizarse de los modelos estructurantes⁷⁵.

Pasan, entonces, a construir sus propias explicaciones y avanzan del espacio de lo económico a lo social y a los sujetos protagonistas⁷⁶.

El repaso de tres compilaciones en Argentina, vinculadas a trabajos sobre historia regional⁷⁷, permite advertir que algunos son más teóricos y otros más específicos, enfocados empíricamente en espacios determinados. La variedad y heterogeneidad de problemáticas muestran que los estudios históricos sobre regiones no se agotan en un modelo único. Hacer historia regional no implica entonces una mirada única. Por el contrario, busca complejizar la perspectiva generalizante y poco diversificada de los modelos estructuralistas. Sin embargo, sería conveniente recordar que la historia regional hunde su origen en los debates acalorados de los años 70. En ello procuraba el reconocimiento de estatuto académico y la legitimidad necesaria como conocimiento relevante de la producción científica. Algunos trabajos -de tales compilaciones-, aunque no lo expliciten, mantienen una conexión con esos antecedentes. Otros, en cambio, presentan una especie de *tabla rasa* con ese pasado historiográfico de la historia regional. Quizás para desprenderse del manto teórico estructuralista o por una lectura de crisis de modelos y de paradigmas, o por asumir nuevas problemáticas se abandonen o minimicen ese historial tan significativo, no solo para construir historia regional sino para entender de que se *habla cuando se habla* de historia regional.

Conclusión

El concepto región no involucra a un término estático y sobre él existen múltiples definiciones. Estas dependieron del fundamento epistemológico que en el marco de las ciencias sociales lo comprendió desde lo nomotético o ideográfico, y desde un abordaje disciplinar en particular (siendo la historia, la geografía, la economía quienes más han desarrollado el concepto). Para la ciencia normal en su versión nomotética puede trabajarse desde el funcional-estructuralismo o el marxismo-estructuralista y en su versión ideográfica tanto desde el historicismo, idealismo, marxismo-historicista o culturalista, etc.

⁷³ El libro de Serna y Pons (2000) se considera el más ilustrativo y completo para comprender la denominada micro historia.

⁷⁴ Ello cuenta con el antecedente de las concepciones de las historias nacionales decimonónicas, de quienes estudiaban la particularidad nacional a partir de la cultura, los valores reaccionando a una pretensión de la razón ilustrada del siglo XVIII y a los planteos universalistas de la civilización, oponiéndoles la cultura particular del pueblo nación. Solo que esta vez será en el ámbito interior del propio Estado, en que se reacciona a la pretensión de supuesta homogeneidad que el propio Estado había *inventado* como tradición única.

⁷⁵ En un balance sobre estudios agrarios desde perspectiva regional se puede reconocer estos cambios de perspectivas. Ver por ejemplo el artículo de Giral de Blacha (2006).

⁷⁶ En ese andar es posible identificar los trabajos de Susana Bandieri.

⁷⁷ Consultar al respecto la compilación de artículos por Fernández y Dalla Corte (2005) y la de Fernández (2007) sobre temas variados que hacen a la temática, así como los trabajos bajo el apartado de historia regional de la compilación de Gelman (2006).

La historia regional “científica” –si se permite la expresión– surge con la corriente de Annales que reacciona al determinismo geográfico y plantea las monografías regionales que posibilitaran la comprensión del todo. En su andar también participó de los “*combates*” contra la historia política cronológica y por una historia científica. En el abordaje de las monografías regionales y comparadas entre sí, insiste en la búsqueda de una “historia total”, en la síntesis explicativa. Para ello toma modelos explicativos y aporta otros que pone “a prueba” en distintos espacios. Lo regional con procedimientos cuantitativos y seriales buscaba mostrar la efectividad del modelo para comprender las estructuras económicas, sociales y normativas que se reproducen y que estructuran a los sujetos.

Luego, con los cuestionamientos a los modelos rígidos de explicación, la región como categoría operativa de la historia económica, de constatación entre la teoría y la realidad, fue perdiendo fuerza explicativa. Si se cuestiona la premisa mayor, si se plantea que los modelos son deterministas y si se abandona la pretensión de la historia total, la región deja de ser una hipótesis del modelo y la pieza de la constitución del todo, un engranaje de la totalidad. Por eso el concepto de región fue perdiendo resonancia entre los historiadores y la micro-historia ocupó cada vez más espacios teóricos y académicos. En algunos casos comprendiéndose como sinónimo de historia regional, en otros sumada a la de historia local. Sin embargo, conviene hacer algunas aclaraciones. Región es un concepto inherente a la geografía y a la espacialidad, trasladada posteriormente a la economía para explicar el funcionamiento de la sociedad como un todo, pero también hacia la antropología con la pretensión de articular la identidad territorial.

Pero esa historia regional ya no pretende ser la comprobación de lo general. No se postula como una “hipótesis a demostrar” ante una entidad previamente establecida para explicar el funcionamiento global de la sociedad. Tampoco es un ejemplo de la totalidad estructurada entre dominantes y dominados, ni pretende el alcance de la representatividad científica a partir de series análogas para explicar el todo.

Sí mantiene una dialéctica entre lo general y lo particular, entre el contexto y la especificidad, pero en ese vínculo adquiere mayor fuerza explicativa lo particular. Esta forma de hacer historia regional invita a flexibilizar modelos, sean políticos o económicos o de estructuras mentales, y a replantear metodologías y técnicas de abordajes. Ello no quiere decir que se abandonen estas representaciones simplificadas generalizantes, sino que las complejizan y el péndulo de la balanza esta vez se inclina más a esa singularidad. Singularidad que se explica por una estructura compleja.

Microhistoria es un concepto que en principio se presenta como antónimo de la macrohistoria, es decir de la historia total. Se relaciona así con el procedimiento micro-analítico, pero también con la historia provinciana o del lugar. Aunque, a partir de los años ochenta del siglo pasado, su utilización implica un nuevo postulado teórico que entendió de una manera diferente ese estudio de lo particular, se interesa por las significaciones.

Ese particular indaga sobre las diferencias que conviven con estructuras dominantes hegemónicas. Su origen está en la oposición de modelos que pretendían mostrar la homogeneidad de estructuras normativas a partir de estudios de mentalidades bajo técnicas cuantitativas. Su preocupación no es la legalidad científica y la representatividad se traslada a la comprensión y significatividad de las acciones de los sujetos y sus formas de resistencia. Ello permite al marxismo crítico retomar la praxis histórica que explora en el pasado los intersticios y los márgenes de libertad frente a formas de dominio, no solo económico y social sino también cultural.

Un repaso por distintos trabajos que toman unidades menores como objeto de estudio, permite plantear que hacer historia regional, microhistoria o historia local no está al margen de las preocupaciones inherentes al quehacer histórico. Ello lleva a situarse en el plano metateorético y allí encontrar la intencionalidad del para qué de la historia regional que, en última instancia, está totalmente imbricado con el para qué continuar haciendo historia.

Referencias

- ALASIA de HEREDIA, B.M. 1999. Acerca del concepto de Región. *Revista Estudios*, 11-12:83-97.
- ANDERSON, P. 1988. *Tras las huellas del materialismo histórico*. México, Siglo XXI, 141 p.
- ARECES, N. 2006. La historia regional y la historia económica e la historiografía argentina de las etapas coloniales durante los últimos veinte años: a modo de balance y hacia una agenda renovada. In: J. GELMAN (comp.), *La historia económica argentina en la encrucijada: Balances y perspectivas*. Buenos Aires, Prometeo, p. 373-388.
- AROSTEGUI, J. 1995. *La investigación histórica: Teoría y método*. Barcelona, Ed. Crítica, 428 p.
- ASSADOURIAN, C.S. 1989. Modo de producción, capitalismo y subdesarrollo en América. In: C.S. ASSADOURIAN et al., *Modos de Producción en América Latina*. México, Siglo XXI, p. 47-81.
- ASSADOURIAN, C.S. 1983. *El sistema de la economía colonial: el mercado interior: regiones y espacio económico*. México, Nueva Imagen, 367 p.
- BAGÚ, S. 1975. *Tiempo, realidad social y conocimiento*. Buenos Aires, Siglo XXI, 214 p.
- BANDIERI, S. 1993. Historia y Planificación Regional: un encuentro posible. *Revista Interamericana de Planificación*, 26 (101-102):78-94.

- BANDIERI, S. 1996. Entre lo micro y lo macro: la historia regional: síntesis de una experiencia. *Entrepasados*, 6 (11):71-100.
- BANDIERI, S. 2005. La posibilidad operativa de la construcción histórica regional o Cómo contribuir a una Historia Nacional más complejizada: In: S. FERNANDEZ; G. DALLA CORTE (comp.), *Lugares para la Historia*. Rosario, Prohistoria ediciones, p. 91-117.
- BANDIERI, S. 2006. La Patagonia, mitos y realidades de un espacio social heterogéneo. In: J. GELMAN (comp.), *La historia económica argentina en la encrucijada: balances y perspectivas*. Buenos Aires, Prometeo Libros, p. 389-410.
- BANDIERI, S. 2007. Nuevas investigaciones, otra historia: La Patagonia en perspectiva regional. In: S. FERNANDEZ (comp.), *Más allá del territorio; la historia regional y local como problemas: discusiones, balances y proyecciones*. Rosario, Prohistoria Ediciones, p. 47-71.
- BAUER, G. 1970. *Introducción al estudio de la historia*. Barcelona, Bosch Casa Editorial, 626 p.
- BRAUDEL, F. 1980. La larga duración. In: F. BRAUDEL (ed.), *La Historia y las Ciencias Sociales*. Madrid, Alianza Editorial, p. 60-106.
- BRAUDEL, F. 1992. *El Mediterráneo y el mundo del Mediterráneo en la época de Felipe II*. México, Fondo Cultura Económica, tomo I, 858 p.; tomo II, 944 p.
- BURKE, P. 1993. *La revolución historiográfica francesa: la Escuela de los Annales (1929-1989)*. Barcelona, Gedisa, 142 p.
- CAMPI, D. 2005. Historia Regional ¿Por qué? In: S. FERNANDEZ; G. DALLA CORTE (comp.), *Lugares para la Historia*. Rosario, UNR Editora, p. 83-89.
- CANEDO, M. 1993. Colonización temprana y producción ganadera de la campaña bonaerense: "Los arroyos" a mediados del siglo XVIII. In: J.C. GARAVAGLIA; J.L. MORENO (comp.), *Población, sociedad, familia y migraciones en el espacio rioplatense: siglos XVIII y XIX*. Buenos Aires, Cántaro, p. 49-74.
- CARBONARI, M.R. 1991. Algumas considerações sobre o conceito de História Regional. *Veritas*, 36(142):269-294.
- CARBONARI, M.R. 1995. Aproximación a la historiografía local y regional. *Jornadas de Investigación de la Facultad de Ciencias Humanas*, 1:40-44.
- CARBONARI, M.R. 1998. *Historia regional y microhistoria: aproximaciones a lo particular*. Río Cuarto, UNRC, 24 p. [Inédito].
- CARBONARI, M.R. 2007. El estudio de las fronteras, la expansión capitalista y la constitución imaginaria del orden democrático. In: SEMINÁRIO INTERNACIONAL DE HISTÓRIA: INSTITUIÇÕES, FRONTEIRAS E POLÍTICA NA HISTÓRIA SUL-AMERICANA, III, MARINGÁ, 2007. *Anais...* Maringá, Universidade Estadual de Maringá, 15 p. [Inédito].
- CARDOSO, C.F. 1981. *Introducción al trabajo de la investigación histórica*. Barcelona, Crítica, 218 p.
- CARDOSO, C.F. 1982. *Agricultura, escravidão e capitalismo*. Petrópolis, Vozes, 210 p.
- CARDOSO, C.F.S. 1984. *Economía e sociedade em áreas coloniais periféricas: Guiana Francesa e Pará: 1750-1817*. Rio de Janeiro, Graal, 201 p.
- CARDOSO, C.F.S. 1988. Uma "Nova História?" In: C.F.S. CARDOSO, *Ensaio racionalistas*. Rio de Janeiro, Campus, p. 93-117.
- CARDOSO, C.F.S. 1992. *Paradigmas rivais na Historiografia atual*. Niterói, UFF, 15 p. [Inédito].
- CARDOSO, C.F.S. 2005. *Um historiador fala de teoria e metodologia: ensaios*. São Paulo, Edusc, 282 p.
- CARDOSO, C.F.; BRIGNOLI, H.P. 1981. *Historia económica de América Latina*. Barcelona, Crítica, Tomo 1, 232 p.
- CARDOSO, C.F.; BRIGNOLI, H.P. 1984. *Los métodos de la historia. Introducción a los problemas, métodos y técnicas de la historia demográfica, económica y social*. Barcelona, Crítica, 433 p.
- CORREIRA DE ANDRADE, M. 1987. *Geografia, ciência da sociedade: uma introdução à análise do pensamento geográfico*. São Paulo, Atlas, 143 p.
- CHARTIER, R. 1996. La historia hoy en día: dudas, desafíos, propuestas In: I. OLAVARRI; J. CARPISTEGU (dir.), *La "nueva" historia cultural: la influencia del pos-estructuralismo y el auge de la interdisciplinad*. Madrid, Ed. Complutense, p. 19-33.
- CHIARAMONTE, J.C. 1983. *Formas de sociedad y economía en Hispanoamérica*. México, Grijalbo, 279 p.
- CHEVALIER, F. 1952. *La formation des grands domaines au Mexique: terre et société aux XVIe-XVIIe siècles*. Paris, Institut d'Ethnologie, 480 p.
- CHEVALIER, F. 1976. *La formación de los latifundios en México: tierra y sociedad en los siglos XVI y XVII*. México, F.C.E., 511 p.
- DALLA CORTE, G.; FERNANDEZ, S. 1998. La metáfora de la región: continente conceptual y construcción historiográfica. *Anuarios*, 18:149-163.
- DEVOTO, F. 1992. *Entre Taine y Braudel*. Buenos Aires, Biblos, 141 p.
- DOBB, M. 1999. *Estudio sobre el desarrollo del capitalismo*. México, Siglo XXI, 496 p.
- DONGHI, T.H. 1969. La expansión ganadera e la campaña de Buenos Aires. In: T.S. DI TELLA; T. H. DONGHI (comp.), *Los fragmentos del poder: de la oligarquía a la poliarquía argentina*. Buenos Aires, Editorial Jorge Alvarez, p. 21-73.
- DONGHI, T.H. 1972. *Revolución y guerra*. Buenos Aires, Siglo XXI, 419 p.
- DOSSE, F. 1992. *A História em migalhas: dos Annales à Nova História*. São Paulo, Ensayos, 268 p.
- FERNANDEZ, S. 2007. Introducción: In: S. FERNANDEZ (comp.), *Más allá del territorio; la historia regional y local como problemas: discusiones, balances y proyecciones*. Rosario, Prohistoria Ediciones, p. 9-15.
- FERNANDEZ, S.; DALLA CORTE, G. 2005. Introducción In: S. FERNANDEZ; G. DALLA CORTE (comp.), *Lugares para la Historia*. Rosario, Prohistoria ediciones, p. 9-24.
- FONTANA, J. 1982. *Historia: análisis del pasado y proyecto social*. Barcelona, Crítica, 339 p.
- FONTANA, J. 1992. *La Historia después del fin de la Historia*. Barcelona, Crítica, 153 p.
- FRADKIN, R. 1997. Reflexiones sobre historia agraria, regional y comparada: el arrendamiento de tierras de agricultura cerealera en la colonia tardía. *Quinto Sol*, 1(1):41-74.
- FRADKIN, R. 1993. Historia agraria y los estudios de establecimientos productivos en Hispanoamérica colonial: una mirada desde el Río de la Plata. In: R. FRADKIN (comp.), *La historia agraria del Río de la Plata colonial: los establecimientos productivos*. Buenos Aires, CEAL, vol. 1, p. 7-44.
- FLORESCANO, E. (comp.) 1975. *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina*. México, Siglo XXI, 667 p.
- GARAVAGLIA, J.C. 1983. *Mercado Interno y economía colonial*. México, Grijalbo, 507 p.
- GARAVAGLIA, J.C. 1989. Un modo de producción subsidiario: la organización económica de las comunidades guarnizadas durante los siglos XVII-XVIII. In: C.S. ASSADOURIAN et al., *Modos de producción en América Latina*. México, Siglo XXI, p. 161-191.
- GELMAN, J. 1998. *Campesinos y estancieros: una región del río de la Plata a fines de la época colonial*. Buenos Aires, Editorial Los Libros del Riel, 332 p.

- GELMAN, J. (comp.). 2006. *La historia económica argentina en la encrucijada: balances y perspectivas*. Buenos Aires, Prometeo Libros, 556 p.
- GINZBURG, C. 1994. Indicios: raíces de un paradigma de inferencias iniciales. In: C. GINZBURG (ed.), *Mitos, emblemas, indicios*. Barcelona, Gedisa, p. 138-175.
- GINZBURG, C. 1997. *El queso y los gusanos: el cosmos, según un molinero del siglo XVI*. Barcelona, Muchnik Editores, 252 p.
- GINZBURG, C.; PONI, C. 2004. El nombre y el cómo: intercambio desigual y mercado historiográfico. In: C. GINZBURG, *Tentativas*. Rosario, Prohistoria, p. 57-67.
- GIRBAL DE BLACHA, N. 2006. La historia regional hoy: balances y perspectivas con enfoque agrario. In: J. GELMAN (comp.), *La historia económica argentina en la encrucijada: balances y perspectivas*. pp. 411-422.
- GONZALEZ Y GONZALEZ, L. 1997. *Invitación a la microhistoria*. México, Clio, 249 p.
- GRAMSCI, A. 1985. *Introducción al estudio de la Filosofía*. Barcelona, Crítica, 219 p.
- GUTIERREZ DE GRIMAU, S. 1993. Ocupación y conformación espacial del sur de Córdoba. *Cuadernos de Historia*, 25:7-33.
- HALL, S. 2008. Estudos Culturais. Dois paradigmas. In: S. HALL (ed.), *Da Diáspora. Identidades e mediações culturais*. Belo Horizonte, Editora UFMG, p. 123-150.
- HEREDIA, E. 1987. Los estudios de historia regional e interregional en el contexto latinoamericano: algunos presupuestos teóricos y metodológicos. *Revista de la Junta Provincial de Historia de Córdoba*, 12:13-23.
- HOBSBAWM, E. 1980. La Historia como narrativa. *Debats*, 4:106-110.
- HOBSBAWM, E. 1998. *Sobre História*. São Paulo, Companhia das Letras, 336 p.
- IGGERS, G. 1998. *La Ciencia Histórica en el siglo XX*. Barcelona, Idea Books, 156 p.
- JARA, A. (ed.) 1973. *Tierras nuevas, Expansión territorial y ocupación del suelo en América (Siglo XVI-XIX)*. México, El Colegio de México, 138 p.
- JAY, M. 1986. *La imaginación dialéctica. Una historia de la Escuela de Frankfurt*. Madrid, Taurus, 511 p.
- KULA, W. 1977. *Problemas y métodos de la historia económica*. Barcelona, Península, 729 p.
- LE GOFF, J. 1990. *A história nova*. São Paulo, Livraria Martins Fontes, 318 p.
- LEVI, G. 1993. *Sobre Microhistoria*. Buenos Aires, Biblos, 53 p.
- LOBATO CORREA, R. 1986. *Região e organização espacial*. São Paulo, Ática, 93 p.
- MATA DE LOPEZ, S. 2003. Historia local, historia regional e historia nacional: ¿una historia posible? *Revista 2: Escuela de Historia*, 2(1):45-50.
- MATEO, J. 1993. Migrar y volver a migrar. Los campesinos agricultores de la frontera bonaerense a principios del siglo XIX. In: J.C. GARAVAGLIA; J.L. MORENO (comp.), *Población, sociedad, familia y migraciones en el espacio rioplatense: Siglos XVIII y XIX*. Buenos Aires, Cántaro, p. 123-148.
- ORTIZ, R. 1996. *Otro territorio*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 140 p.
- PESAVENTO, S.J. 2000. Esta história que chamam micro. In: B. GUAZZELLI; A. CESAR; S.F. PETERSEN; S.B. SCHMIDT; R.L. XAVIER (orgs.), *Questões de teoria e metodologia da História*. Porto Alegre, Editora da Universidade Federal do Rio Grande do Sul, p. 209-234.
- PALOMEQUE, S. 1994. Homenaje a Carlos Sempat Assadourian. *Anuario IEHS*, 9:11-15.
- PONS, A.; SERNA, J. 2007. Mas cerca, más denso: La historia local y sus metáforas. In: S. FERNANDEZ (comp.), *Más allá del territorio: la historia regional y local como problemas: discusiones, balances y proyecciones*. Rosario, Prohistoria Ediciones, p. 17-29.
- REGUERA, A. 2006. Gran propiedad, empresarios e instituciones económicas en la región pampeana (1850-1930). *Signos Históricos*, 15:44-69. Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/344/34401502.pdf>; accedido en: 18/12/2008.
- REIS, J.C. 2000. *Escola dos Annales. A inovação em História*. São Paulo, Editora Paz e Terra, 200 p.
- SAMUEL, R. 1984. Historia y teoría. In: R. SAMUEL (ed.), *Historia popular y teoría socialista*. Barcelona, Crítica, p. 48-70.
- SANTOS, M. 1986. *Por uma geografia nova*. São Paulo, Editora Hucitec, 236 p.
- SANTOS, M. 1985. *Espaço e método*. São Paulo, Nobel, 88 p.
- SANTOS, M. 1996. *Metamorfosis del espacio habitado*. Barcelona, Oikos, 118 p.
- SARDAR, Z. 2005. *Estudios culturales para todos*. Barcelona, Paidós, 176 p.
- SAZBON, J. 1987. Dos caras del marxismo inglés: el intercambio Thompson-Anderson. *Punto de Vista: Revista de Cultura*, X(29):12-26.
- SERNA, J.; PONS, A. 1993. El ojo de la aguja: ¿de qué hablamos cuando hablamos de microhistoria? *Revista Ayer*, 12:93-133.
- SERNA, J.; PONS, A. 2000. *Cómo se escribe la Micro-historia*. Frónesis, Cátedra Universitat de València, 288 p.
- STONE, L. 1980. La Historia como narrativa. *Debats*, 4:91-105.
- STONE, L. 1990. *Familia, sexo y matrimonio en Inglaterra 1500-1800*. México, F.C.E., 367 p.
- THOMPSON, E. 1981. *A miséria da teoria: ou um planetário de erros: uma crítica ao pensamento de Althusser*. Rio de Janeiro, Zahar, 231 p.
- THOMPSON, E. 1989. Prefacio. In: E. THOMPSON, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona, Ed. Crítica, vol I, p. XIII-XIX.
- TOPOLSKY, J. 1973. *Metodología de la Historia*. Madrid, Cátedra, 519 p.
- VAN YOUNG, E. 1987. Haciendo historia regional: consideraciones metodológicas y teóricas. *Anuarios IEHS*, 2:255-300.
- WALLERSTEIN, I. 2001. *Abrir las Ciencias Sociales: informe de la Comisión Gulbenkian para la Reestructuración de las Ciencias Sociales*. México, Siglo XXI, 114 p.

Submetido em: 03/01/2009

Aceito em: 03/02/2009